

**DERIVAS E ITINERARIOS CRÍTICOS: MODOS DE PENSAR LA DEMOCRACIA
“PUNTOFIJISTA” EN VENEZUELA****DRIFTS AND CRITICAL ITINERARIES: WAYS OF THINKING ABOUT
“PUNTOFIJISMO” DEMOCRACY IN VENEZUELA**José Guillermo Godoy¹Departamento de Estudios Históricos y Sociales
Universidad Torcuato Di Tella

Resumen: Este artículo da cuenta de los distintos modos en que historiadores, politólogos, sociólogos e investigadores que trabajaron la historia reciente en Venezuela, pensaron la democracia puntofijista (1958- 1999) durante su desarrollo, su crisis y su posterior colapso. Mediante un análisis crítico de la bibliografía, acompañada de una lectura de época, se establece un marco analítico para reflexionar sobre la manera en que el contexto político influyó en la elección de los temas y en la formulación de las preguntas. Al historiar los distintos aportes de académicos sobre la democracia puntofijista queda en evidencia cómo algunas líneas interpretativas que entraron en tensión en los 70 continuaron atravesando el debate académico en décadas posteriores, entrelazados con nuevos tópicos y disputas. Finalmente, este artículo intenta demostrar que la literatura más reciente en torno al puntofijismo adolece de un sesgo: el de reconstruir el proceso histórico desde variables que derivan en un colapso. Esta mirada, pensada fundamentalmente para construir una explicación de los orígenes del Chavismo, poco contribuye a una correcta comprensión del proceso puntofijista, de su naturaleza, crisis y su posterior colapso.

Palabras claves: Venezuela, democracia, puntofijismo, crisis, colapso, transición.

Abstract: This article tries to give an account of the different ways in which historians, political scientists, sociologists, and researchers who have worked on recent history in Venezuela, thought about the Punto Fijo democracy (1958-1999) during its development, its crisis, and its subsequent collapse. Through a critical analysis of the bibliography, accompanied by a reading of the period, an analytical framework is set to reflect on the way in which the political context influenced the choice of themes and the formulation of questions. By chronicling the different contributions of academics on Punto Fijo democracy, it is evident how some interpretative lines that came into tension in the 70s continued to interfere with the academic debate in later decades, mixed with new topics and new disputes. Finally, this article tries to show that the most recent literature on *puntofijismo* suffers from a bias: that of reconstructing the historical process from variables that lead to the final result —collapse. This view, designed primarily to construct an explanation of the origins of Chavismo, contributes little to a correct understanding of the Punto Fijo process, its nature, its crisis, and its subsequent collapse.

Keywords: Venezuela, democracy, puntofijismo, crisis, collapse, transition.

¹ joseguillermogodoy@gmail.com Este artículo es parte del proyecto de tesis *Venezuela. Crisis y colapso de la democracia puntofijista* (1983- 1998) de la Maestría en Historia de la Universidad Torcuato Di Tella (Argentina) Agradezco los comentarios de mi director, Marcelo Cavarozzi, de los profesores del seminario de tesis Darío Roldán y Leandro Losada, de mi compañero de estudio Carlos Segura, del historiador Luis González Alvo y del profesor Daniel Levine.

I. Introducción

En 1977, en la introducción a *Venezuela, política y petróleo* de Rómulo Betancourt, el reconocido historiador inglés Hugh Thomas afirmaba: “Por mi parte espero un día poder escribir un estudio sobre el establecimiento de la democracia en Venezuela, los éxitos que ha tenido, y los nuevos problemas que se están encontrando; una nueva versión me prometo, con algo de egoísmo exagerado, del libro *Democracia en América* de De Tocqueville” (Thomas, 1977:7). Estas líneas son ilustrativas de la manera en cómo “la excepcionalidad venezolana” cautivó a una parte importante de historiadores y científicos políticos. Luego de una larga y férrea dictadura (1908- 1935), de casi 10 años de un proceso de gradual apertura (1935- 1945), de una revolución que derivó en un proceso democrático con un partido hegemónico (1945- 1948), y de una dictadura de tipo desarrollista (1948- 1958), la dirigencia venezolana logró finalmente articular un sistema que permitió consolidar una democracia estable en medio de un vecindario atravesado por el autoritarismo y las dictaduras. El puntapié inicial de esa articulación fue el Pacto de Puntofijo, un acuerdo de gobernabilidad entre los partidos políticos venezolanos Acción democrática (AD), Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI) y Unión Republicana Democrática (URD), firmado el 31 de octubre de 1958. Este acuerdo, pese a su brevedad, significó algo más que un pacto de gobernabilidad; inauguró un nuevo régimen político cuyos rasgos fundamentales pueden resumirse en los siguientes puntos: 1) una democracia representativa, sustentada en la idea en que el pueblo se encarna en los partidos políticos. 2) Un sistema de reparto de poder político y de renta petrolera en donde los partidos ocupaban un lugar central, pero en donde las corporaciones (iglesia, empresarios, sindicatos, ejército) eran actores relevantes. 3) una regla de decisión, el consenso, basada en las lecciones de experiencia histórica reciente atravesada por dictaduras y excesiva conflictividad política. (Urbaneja, 2009, p. 9).

Este artículo busca indagar los distintos modos en que la academia (en particular politólogos, sociólogos e historiadores), pensaron la «democracia de Punto Fijo» (1958- 1999) a medida que se desarrollaba, entraba en crisis, y finalmente colapsaba. A través de un análisis crítico de la bibliografía, ordenada de manera cronológica, y entrevistas a referentes académicos, se establece un marco analítico para reflexionar sobre la manera en que el contexto político y el clima de opinión influyeron en la elección de los temas y en la formulación de las preguntas. Este ejercicio nos permitirá aproximarnos a una serie de núcleos problemáticos: algunas líneas interpretativas que entraron en tensión en los 70 continuaron atravesando el debate académico en décadas posteriores, mezclados de nuevos tópicos y nuevas disputas. Intentaré demostrar que la literatura post colapso, producida a partir del año 2000, adolece de un sesgo: la de reconstruir el proceso histórico desde variables que derivan en el resultado final, colapso. Esta mirada, pensada fundamentalmente para construir una explicación de los orígenes del chavismo, poco contribuye a una correcta comprensión del «proceso puntofijista»², de su naturaleza, de su crisis y de su posterior colapso.

II. Los 60 y los 70: la excepcionalidad venezolana

Según lo contó él mismo, Robert J. Alexander visitó Venezuela una docena de veces durante una década y media antes de publicar *La revolución democrática de Venezuela* (Alexander, 1964). El uso de la palabra revolución no podía ser casual en un experto en temas latinoamericanos como él. Si había una revolución en Cuba, Alexander encontró en Venezuela

² A los fines de este trabajo usaré indistintamente “democracia de punto fijo” o “puntofijismo” para hacer referencia al proceso político que inicia en 1958 y que culmina en 1998.

la oportunidad de mostrar al mundo la presencia de otra. Las explícitas comparaciones con el modelo castrista lo condujeron, en parte, a exagerar los cambios y rupturas del nuevo régimen, proyectando una mirada parcial sobre el proceso político venezolano anterior. Casi en simultáneo, una beca de la Ford Foundation permitió a otro experto en estudios latinoamericanos, John D. Martz, visitar Venezuela en 1962 y 1963. Tres años después, la Universidad de Princeton publicó su libro *Acción Democrática: Evolution of a Modern Political Party in Venezuela*, un trabajo señero en un contexto en donde el estudio de los partidos políticos latinoamericanos era más bien limitado (Martz, 1966). Martz se apartaba de los enfoques históricos y legales, adoptando un tipo más amplio de análisis centrado en la dinámica y procesos internos. Ni Alexander ni muchos menos Martz ignoraba las imperfecciones de la democracia venezolana, pero el sesgo laudatorio hacia el nuevo proceso estaba signado por el debate polarizado de los 60: la democracia en Venezuela había superado intentos golpistas de la derecha y una lucha bastante prolongada contra grupos guerrilleros de izquierda que, a finales de la década, y derrotados, comenzaban a integrarse al sistema político (Bejarano, 2011, p 189). El historiador estadounidense Arthur Schlesinger Jr. lo sistematizó en una frase: “hay dos vías en Latinoamérica: la de Betancourt y la de Castro” (Krauze, 2008: 274). Así, la democracia venezolana era un modelo exitoso entre las alternativas autoritarias de ambos extremos.

El sesgo optimista de los estudios norteamericanos estaba compensado por el escepticismo de los académicos venezolanos. En 1961 se crea el Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES) de la Universidad Central de Venezuela, que estuvo dirigido hasta 1965 por el chileno, y cepalino, Jorge Ahumada. Bajo su dirección se diseñaron las hipótesis que servirían de orientación al Proyecto Diagnóstico de la realidad venezolana, en un esfuerzo combinado con el Centro de Estudios Internacionales del Instituto Tecnológico de Massachusetts (CENIS-MIT). El Proyecto se integraba de dos subprogramas complementarios: Conflicto y consenso (Conven), dirigido por el sociólogo venezolano José Agustín Silva Michelena, y la Elites de Venezuela (Venelite), dirigido por puertorriqueño Frank Bonilla y, por un breve tiempo, por el reconocido politólogo peruano Julio Cotler (Simón Bronfenmajer, 2016). Como resultado de esto, salen a la luz una serie de trabajos: *Exploraciones en Análisis y en Síntesis* (Michelena y Bonilla, 1967), *Crisis de la Democracia* (Michelena y Bonilla, 1970) y *El fracaso de las élites* (Bonilla, 1972). Jorge Ahumada, autor de “Hipótesis para el Diagnóstico de una Situación de Cambio Social: el caso de Venezuela”, primer capítulo del volumen que inaugura la serie, deja en claro un marcado pesimismo que impregna todo el proyecto: “No se necesita una investigación muy profunda para llegar a la conclusión de que algo anda mal en la sociedad venezolana. En todos los aspectos de la sociedad, el observador queda inmediatamente impresionado por el tono predominante de violencia e inseguridad” (Michelena y Bonilla, 2011: 29). Combinando el enfoque de *Political culture*, de moda en los Estados Unidos, con el escepticismo sobre la “democracia burguesa”, muy común entre los académicos latinoamericanos del momento (Levine, 2021), los trabajos remarcaban la encrucijada económica por la que atravesaba el país: la principal fuente de ingreso (el petróleo) no iba a mantenerse en los mismos niveles del pasado, por lo que urgía considerar nuevas alternativas de crecimiento; alternativas, a su vez, obstaculizadas por profundos desajustes en la economía, por “desigualdades socioculturales ligadas a un proceso violento de expansión urbana” y por la ausencia de consenso general sobre el sistema político (Michelena y Bonilla, 2011, p. 13). Por todo esto, la democracia en Venezuela guardaba un pronóstico más bien sombrío.

Los académicos estadounidenses, sin embargo, seguían rebeldemente optimistas. Casi en simultáneo, en 1967, el académico Daniel H. Levine inició sus investigaciones sobre Venezuela, y en 1973 la Universidad de Princeton publicó su trabajo *Conflict and Political Change in Venezuela* (Levine, 1973). Apartándose del enfoque de John D. Martz, y aún de

manera más radical del programa CENDES - CENIS., Levine concentró sus esfuerzos en estudiar la forma en que el sistema político venezolano ha cambiado: sobre todo en la manera —dadas las profundas divisiones acumuladas, tanto de tipo organizativo como ideológico— la sociedad ha aprendido a manejar el conflicto, construyendo un sistema político efectivo de forma relativamente libre. Si la democracia venezolana había sobrevivido más de una década a pesar de una sociedad polarizada, fue debido a la habilidad de la elite política para canalizar y contener el conflicto: así, el control y la centralidad de los partidos políticos las juzgó como una ventaja neta. Este enfoque —desde luego asociada con la llamada “teoría de la élite de la democracia” de Joseph Schumpeter, y otros— daba lugar a una importante línea de investigación dentro de los académicos venezolanos que entraba en tensión con el programa CENDES - CENIS: en 1972, en la edición n° 1 de *politeia*, el anuario del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Central de Venezuela (fundado en 1958 por el prestigioso profesor español Manuel García-Pelayo), el politólogo Juan Carlos Rey publicó su primera investigación sobre el “sistema de partidos venezolano”. La mayor crítica a los estudios del CENDES -CENIS consistía en que estos no habían tenido en cuenta que el consenso requerido para el funcionamiento de un sistema de político podía ser el resultado no necesariamente de una comunidad de valores y orientaciones normativas sino del funcionamiento de mecanismos utilitarios creados expresamente con este propósito por los partidos: surge así el concepto de “sistema populista de conciliación de élites”³ para definir el diseño constitucional y las reglas formales e informales instauradas en 1958 (Rey, 2009, p. 31).

Ningún académico norteamericano, cualquier sea su enfoque, ignoraba los defectos de la democracia en Venezuela, como el clientelismo, la corrupción e incluso algunas prácticas antidemocráticas dentro de partidos, sindicatos y otras organizaciones, pero en el contexto de América Latina de los setenta estos defectos fueron dados por sentado y lo que realmente se destacaba era la “democracia” (Levine, 2021; McCoy, 2020). Un connotado profesor alemán, Peter Merkl, no vacilaba en afirmar: "Parece que el único camino hacia un futuro democrático para el desarrollo de las sociedades puede ser la seguida por Venezuela ... Venezuela es un caso de libro de texto de progreso paso a paso " (Karl, 1987, p. 63). Así, algunos estudios como los de Enrique A. Baloyra y John D. Martz, basado en las elecciones de 1973, *Political Attitudes in Venezuela. Societal Cleavages and Political Opinion*, se centraron en aspectos más especializados de las políticas democráticas, como las campañas electorales y la opinión pública (Baloyra y Martz, 1973). No obstante, conforme en Venezuela el debate político incrementó su intensidad en la segunda mitad de la década del setenta, la discusión en torno a la naturaleza del régimen no tardaría en volverse más visible.

Distintos factores coadyuvaron en esta dirección. Las elecciones de 1973 dan como resultado, por primera vez en la historia venezolana, un escenario político hegemonizado por dos partidos: de un sistema que tiende al multipartidismo en los 60, el sistema evoluciona a uno de tipo bipartidista en los 70. Sumado a esto, la irrupción de la figura de Carlos Andrés Pérez (CAP) como actor central en la escena: su liderazgo generó cierta atracción en amplios sectores de la población, aunque no menos recelos en otros. Un factor clave que transformó el escenario político, económico y social, es la coincidencia de la asunción de Pérez con un proceso inédito en la historia del país: los precios del petróleo se multiplicaron por cuatro. Venezuela vivió una bonanza nunca soñada. La respuesta del gobierno de Pérez ante esta novedosa coyuntura fue el proyecto de la “Gran Venezuela” que incluyó la nacionalización del petróleo y del hierro (Urbaneja, 2009). El debate en torno a este programa y, sobre todo, a sus resultados, dominarán la escena académica de fines de los 70 y comienzo de los 80.

³ Según Rey, la democracia Puntofijista estableció un “aparato semi corporativo para la toma de decisiones públicas”. Las decisiones más importantes del gobierno debían contar con el visto bueno de relevantes grupos sociales como las fuerzas armadas, la iglesia, los sindicatos de trabajadores y los empresarios (Rey, 2009, p. 31)

La “paradoja” ocasionada por la irrupción de una crisis económica casi inmediatamente después del mayor boom petrolero de la historia, llamó la atención de una joven investigadora norteamericana. Terry Lynn Karl comenzó sus estudios sobre los estados petroleros y en particular de Venezuela a finales de los 70. El resultado de sus investigaciones derivó en un libro publicado casi dos décadas después, cuyo título bien reflejaba el estado de las cosas, *The Paradox of Plenty: Oil Booms and Petro-States* (Karl, 1997) ¿Por qué, países muy diferentes en cultura, historia y tradición —Irán, Venezuela, Nigeria, Argelia—, demostraron una conducta sorprendentemente similar tras el mayor boom petrolero de la historia? Identificar la manera en que surge esta condición común está en el centro de las preocupaciones de Karl. En su estudio descarta los análisis tipo económico, político y macroeconómico, inclinándose por un enfoque de economía política y de los nuevos economistas institucionales, prestando especial atención a la compleja interacción histórica entre el desarrollo económico y las instituciones políticas. A partir de esto emprende un estudio exploratorio sobre la formación de los estados petroleros, identificando una condición común que reduce el rango de decisiones de los *policy makers*. Mientras que Karl intenta superar el debate de estructura versus agencia, problematizando la naturaleza de la elección, las identidades de los actores que toman esas decisiones y la manera en que se forman sus preferencias dentro de estructuras específicas de incentivos (un enfoque que ella misma llama "contingencia estructurada"), un economista venezolano, Asdrúbal Baptista, lleva los argumentos estructuralistas al extremo en su libro *Teoría económica del capitalismo rentístico*. Para este economista —que inició sus estudios en la misma época que Karl, que publicó su libro en la misma época que lo hizo Karl— Venezuela tiene un tipo particular de capitalismo, el capitalismo rentístico, que contiene una serie de leyes propias que inevitablemente lo conducen al agotamiento, a la clausura. La renuencia por parte del autor en mencionar en su libro nombres de actores es sintomático de la ausencia total del agente (Baptista, 1997).

Había alguien, sin embargo, que no estaba dispuesto a dispensar de responsabilidad a las agencias. En 1978, José Antonio Gil Yepes publicó el *Reto de las Élite* (Gil Yepes, 1978), con el apoyo del Instituto de Estudios Superiores de Administración (IESA), una organización fundada a mediados de los 60 por los principales empresarios y gerentes del país, y que será clave en el debate académico y político de los años venideros. Según Gil Yepes, la intención del libro era la de contribuir a mejorar las relaciones gobierno- empresa. Pero el libro dejaba algo más: expresaba, por primera vez, una crítica académica desde una perspectiva ideológica liberal al sistema inaugurado en 1958. Según Gil Yepes, la élite venezolana, para consolidar un sistema democrático que fue frágil en su nacimiento, necesitó apelar a mecanismos de agregación y limitación de intereses y presiones. Esas limitaciones, necesarias en el pasado, comenzaban a parecer como vicios del sistema democrático y eso se reflejaba en el proceso de formulación de las políticas que no satisfacían ni a las élites ni a las masas. Gil Yepes crítica a la élite política por su exagerado populismo e intervencionismo estatal y a la elite empresarial por actuar solo en función de sus intereses. Propone mejorar la comunicación entre ellas y perfeccionar los mecanismos de acceso de los sectores no oficiales. Pasar de la situación de “pluralismo limitado” a una situación de “pluralismo efectivo” es crucial, sostiene, para la formulación de políticas públicas más realistas.

III. Los 80: pensar la crisis

A comienzos de los 80, en América Latina, los científicos políticos concentraron su atención en explicar las dictaduras (O'Donnell, 1982) pero en Venezuela, una democracia de más de un cuarto de siglo, los esfuerzos se centraron en explicar la crisis y el estancamiento económico y social en el marco del extraordinario impacto ocasionado por el llamado “viernes

negro”: el 18 de febrero de 1983, el bolívar, otrora una de las monedas más fuertes del mundo, sufría una abrupta devaluación frente al dólar estadounidense. Un año después, en Caracas, el director Antonio Llerandi comenzó la filmación de una película cuyo título lo decía todo: *Adiós Miami*. La búsqueda de responsables fue la reacción natural ante la paradoja de un país que se había endeudado sin medida justo en el tiempo en que crecían vertiginosamente sus ingresos.

A fines de 1983 aparece *Tutelary Pluralism: A Critical Approach to Venezuelan Democracy*, de Luis J. Oropeza, editado por el Centro de Asuntos Internacionales de la Universidad de Harvard, en el marco de un llamativo y creciente consenso de la izquierda y la derecha en identificar a los partidos políticos como los principales responsables de los problemas (Oropeza, 1983). Así, mientras Oropeza criticaba el excesivo poder y control por parte de los partidos, voces de la derecha, reunidos en el Grupo Roraima, apuntaban contra la gestación de grupos de interés y de un estado ineficiente que incentivaba el derroche y la corrupción: en 1984 aparece *La generación de relevo vs. el estado omnipotente* del reconocido periodista y empresario de medios Marcel Granier, publicación que revelaba, además, un creciente interés por parte de empresarios y grupos mediáticos en incidir en lo público (Granier, 1984). Los ataques desde la izquierda seguían siendo igualmente intensos: Domingo Alberto Rangel, *Fin de la fiesta* (1982), Moisés Moleiro, *Las máscaras de la democracia* (1988), y Kléber Ramírez Rojas, uno de los teóricos más influyentes en Hugo Chávez, escribió *Venezuela: la IVa República* (1991), un título sugestivo que presagiaba el advenimiento de una nueva república: la quinta⁴. En la edición de abril de 1983, de la Revista Nueva Sociedad, un periodista de izquierda, Ted Córdova-Claure, no dudaba en citar a un intelectual de derecha, Arturo Usler Pietri, en sus ataques contra la democracia en Venezuela (Córdova-Claure, 1983).

En octubre de 1984 apareció el que quizás sea el libro más citado en los estudios posteriores sobre la crisis de la democracia en Venezuela: *El caso Venezuela, una ilusión de armonía*, un proyecto dirigido por Moisés Naím y Ramón Piñango, ambos del Instituto de Estudios Superiores de Administración (IESA), que reunió a veinticuatro especialistas de diversas áreas (incluso de distintas nacionalidades), desde economistas como Janet Kelly y Gustavo Escobar, hasta escritores como Elisa Lerner y Tomás Eloy Martínez (Naím y Piñango, 1984). Con una enorme variedad y amplitud de temas abordados, desde la salud y la agricultura, la educación y las fuerzas armadas, la cultura y la economía, los editores detectaron una condición común en todas aquellas facetas de la vida nacional: un extraordinario cambio, tal vez de los más veloces del mundo; si el milagro alemán había significado un crecimiento económico del 4% anual, Venezuela había crecido al 7% anual por 23 años. En el período comprendido entre 1950 y 1957, Venezuela acumuló más divisas que cualquier otra nación del mundo, excepto Alemania Occidental, que disfrutaba de los frutos del Plan Marshall (Karl, 1987, p. 71). Venezuela experimentó la tasa de urbanización más rápida de América Latina, y esto se traducía en el número de estudiantes universitarios, el número de camas en los hospitales, el número de empresas y agencias bancarias (Naím, 2014). Si una sociedad no puede cambiar tanto, tan rápidamente, sin crear importantes conflictos: ¿por qué en Venezuela eso no había sucedido? El argumento central es que la combinación de diferentes factores posibilitó que en Venezuela los conflictos sean atenuados y las decisiones en torno a difíciles alternativas postpuestas. Desde luego el factor principal descansaba en el hecho que el aparato estatal de Venezuela, a diferencia de otros casos, no podía concebirse meramente como el instrumento de alguna clase dominante, ni siquiera como un árbitro en los conflictos entre diversas fuerzas sociales, pues al ser dueño de principal fuente de riqueza del país no requería de un sector para financiarse. En ese marco, de *relativa autonomía de lo político*, la renta petrolera sirvió a los actores para suavizar los conflictos e incluso también para disimular malas decisiones en

⁴ En 1997, Hugo Chávez fundó el partido político Movimiento V República o MVR (*Movimiento Quinta República*), con el cual participó en las elecciones presidenciales de 1998, en las que accedió al poder.

política económica. El libro dejaba en evidencia una serie de desajustes, problemas y quiebres en distintos ámbitos de la vida pública venezolana, y sostenía que esta conducta —la de evitar el conflicto y, quizás por ello mismo, la de enfrentar de manera directa los problemas— debilitó la posibilidad de fortalecer instituciones que una sociedad utiliza para dirimir conflictos en un contexto de escasez de recursos; y advertía, premonitoriamente, que esta tendencia no podría ser sostenida en el tiempo: la coyuntura de los 80 dejaba en evidencia que los ingresos de la renta petrolera no estaba a la altura de una sociedad totalmente transformada, con nuevas demandas, con nuevas expectativas. Esta transformación de la sociedad venezolana no dejó de llamar la atención a los estudiosos de la sociología. En 1988, el sociólogo argentino Carlos Sabino publicó su tesis doctoral *Empleo y gasto público en Venezuela*. Haciendo uso de una variedad de fuentes, Sabino analizó la inversión del estado en educación, sobre todo en los niveles superiores, la formación de tipos específicos de profesionales y la posterior absorción de estos por parte de la burocracia estatal, demostrando así la manera en que el gasto público fue utilizado no sólo para responder a las demandas de la sociedad, sino también, al menos en parte, inadvertidamente, para cambiar la composición misma de la sociedad civil (Sabino, 1988).

La crisis de los 80 cambió la percepción de la opinión nacional, y esto no podía ser ajeno a los actores políticos: en 1984 el presidente Jaime Lusinchi crea la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (COPRE), una comisión destinada a examinar la reforma del estado venezolano y su sistema político. La comisión estaba integrada mayoritariamente por miembros de la sociedad civil, un gesto que revelaba cierta apertura por parte de los partidos: de 35 miembros, 18 eran independientes, 9 de Acción Democrática y 5 de COPEI. En mayo de 1986, la COPRE publicó *Propuestas para Reforma Política Inmediata* que incluía elección popular directa de gobernadores estatales y alcaldes, cambio en el sistema de votación y, en relación con los partidos, democratización de procedimientos internos y regulación de su financiamiento. El prestigio de sus integrantes hizo que las propuestas de la COPRE marquen un parámetro en torno del cual los estudios académicos debieron moverse. Aun así, estas reformas fueron consideradas demasiado radicales por Acción Democrática, y Jaime Lusinchi, un presidente bien disciplinado con su partido, rehusó a darle tratamiento y no llegaron a discutirse en el Congreso; sin embargo las propuestas se colaron en la campaña electoral de 1988 y, a partir de 1989, serán implementadas por la nueva administración, liderada por un viejo conocido, también de Acción Democrática, pero menos disciplinado: Carlos Andrés Pérez.

Los 80 en América Latina fueron años de apertura democrática. En 1986 sale a la luz *Transiciones desde un gobierno autoritario*, editado por los politólogos Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead, con la contribución de 22 académicos de distintas nacionalidades; un libro que marcó la producción académica de la Ciencia Política en las décadas del '80 y del '90 (Perbellini, 2012). Desde un punto de vista metodológico, los trabajos se apartaban de los enfoques "estructuralista" de los trabajos de Lipset, Huntington, Almond y Verba, entre otros, y se centraban en el agente: un enfoque de "elección" que concede una relativa autonomía a lo político en relación con factores estructurales y una inherente incertidumbre a los procesos de cambio político. Como era esperable, las principales críticas emergieron de los académicos marxistas por la escasa atención puesta al "imperialismo" y las estructuras sociales que este había generado (MacEwan, 1988). Sin embargo, el capítulo sobre Venezuela a cargo de Terry Karl parecía apartarse de la línea metodológica de los editores: "... las transiciones democráticas (sostenía Karl) se comprenden mejor al relacionar sistemáticamente las estructuras socioeconómicas y políticas, tanto a nivel nacional como internacional, a la acción política intencionada" (Karl, 1987, p. 64). Según Karl, en Venezuela era el petróleo el factor más importante que configuró las condiciones estructurales para la ruptura del autoritarismo militar y la subsiguiente creación de un espacio político reformista que sentó las

bases de la democracia. Su postura, paradójicamente, recibió de Jennifer McCoy, una experta en Venezuela, la única crítica sobre la que los editores se consideraban inmunes: la de no considerar en su cabal dimensión a las agencias (McCoy, 2020). Sin embargo, la reseña sobre *Transiciones...* escrita por otro experto en Venezuela, Daniel H. Levine, y publicada en 1988 en la revista *World Politics* de la Universidad Cambridge, será recordada por lo demoledora. Su crítica —de la que tal vez sólo salen ilesos el argentino Marcelo Cavarozzi y el chileno Manuel Antonio Garretón—, se centraba en los siguientes aspectos: la utilización por parte de los editores de un concepto más bien débil y vacío de democracia (un sesgo, según sostiene Levine, heredado de la “teoría de la dependencia”); la conceptualización de los pactos y acuerdos como asuntos de autoprotección de la élite y manipulación detrás de escena (y en este punto, es particularmente crítico con Karl); y finalmente la de ignorar los numerosos vínculos que unen a los líderes con las masas —los vínculos entre elite y grupos populares (y de allí la incapacidad de evaluar el apoyo popular de los pactos)—, por ejemplo, a través de partidos políticos, sindicatos y asociaciones secundarias de todo tipo, que la hacen totalmente impotentes ante las preguntas clásicas de legitimidad y representación (Levine, 1988). Para Levine, en los volúmenes de *Transiciones...* había demasiados vacíos teóricos y empíricos, y en gran medida debido a un malestar generalizado con la propia democracia liberal (Levine, 2021).

Kevin Neuhouser, un joven investigador del Departamento de Sociología de la Universidad de Washington, era crítico de los editores de *Transiciones...*, así como también de Levine, y en general de los académicos que hacía uso de la perspectiva de élite para explicar la estabilidad democrática (Rey, Martz, Gil Yepes). Según Neuhouser, en este debate, Venezuela constituía un caso crucial: si se lograba demostrar que los pactos y los consensos no habían sido los responsables de su estabilidad democrática, el “modelo elite” se ponía en tela de juicio (Neuhouser, 1992, p. 118). Proponía un modelo alternativo, de “compromiso de clase”, que incorporaba puntos de vista de la literatura neomarxista. Bajo este esquema, la estabilidad ocurre cuando los administradores estatales son capaces de equilibrar la acumulación de capital y las políticas de consumo. La inestabilidad democrática ocurre cuando sucede lo contrario: los administradores estatales carecen de recursos suficientes para satisfacer las demandas de consumo de una clase trabajadora movilizadora sin amenazar los intereses de acumulación de los capitalistas. Para refutar el “modelo de elite” y sustentar su modelo alternativo, Neuhouser se adentra en la discusión en torno a la historia reciente de Venezuela: considera que el conflicto desestabilizador que signa el llamado trienio ADECO (1945-1948), ocurrió entre trabajadores y capitalistas; propone una relectura de la década del 60, atravesada, según el autor, por una serie de ruptura de los pactos políticos de élite y la emergencia de grupos de izquierda, en un intento comparativo con los casos de Chile y Brasil. Cuestiona así el concepto de “aprendizaje”, muy utilizado por los académicos hasta entonces. Asegura que el régimen democrático se estabilizó solo cuando la suba del precio del petróleo a comienzos de los 70 generó un aumento en los ingresos del gobierno, y esta estabilidad encontró sus límites a partir de la década del 80, cuando los precios del petróleo se estancaron e incluso cayeron (Neuhouser, 1992, p. 122).

Mientras tanto, en Venezuela, los nuevos estudios continuaron respondiendo a coordenadas históricas: en las postrimerías de la década del 80 la sensación en Venezuela era de fin de ciclo, de término de una etapa y de inicio de otra que no lograba del todo emerger. El marco era seductor para proyectos, digámoslo así, totalizadores: que examinen etapas, que exploren grandes líneas. Diego Bautista Urbaneja, profesor fundador de la Cátedra de Historia de las Ideas Políticas de la Escuela de Estudios Políticos de la Universidad Central de Venezuela, fue visiting fellow en St. Antony 's College, de la Universidad de Oxford, en el año académico 1988- 1989. Allí cocinará lo que quizás sea uno de los proyectos académicos más ambicioso del periodo: en 1992 aparecía *Pueblo y petróleo*, un desmesurado esfuerzo por historiar más de un siglo de vida política venezolana (Urbaneja, 1992). Urbaneja elabora una

teorización que parte de la noción que tiene el agente, en un momento histórico dado, sobre la idea de pueblo, como poder ordenador de un conjunto de ideas que han sido compartidas por sucesivos grupos dirigentes del país. A esa constelación de ideas que han marcado las relaciones entre pueblo, política y petróleo, el autor las llama *programas políticos*, que a sus fines sirven como hilo conductor en la historia venezolana: así el programa liberal predomina todo el siglo XIX, el positivista los primeros cuarenta y cinco años del siglo XX, y el democrático domina la vida política venezolana desde 1958. En relación con el programa democrático, su mirada sobre la naturaleza del régimen que inicia en 1958 es continuadora de una línea trazada por los estudios de Levine y Rey, aunque con algunos matices y cambios propios de un trabajo que atiende, en trazos históricos más amplios, a la compleja interacción entre clima de ideas, desarrollo económico e instituciones políticas. Urbaneja problematiza el argumento de Rey en torno a la preponderancia de mecanismos utilitarios y propone reemplazar la idea de *apoyo* por la de *preferencias*; describe cómo los agentes procesan decisiones, y la manera en que los marcos y las estructuras lo condicionan; la capacidad de aislar el conflicto que a los ojos de Levine era una ventaja neta, se convierte en Urbaneja en una incapacidad para absorber las nuevas demandas de una sociedad complejizada: y así, los partidos, otrora portadores indiscutidos de la representatividad, con el tiempo “serán menos pueblo”. Y con todo esto, articula un esquema, muy atractivo, que explica la manera en que esos factores que aseguraron la estabilidad democrática y el desarrollo económico entran en tensión a partir de los 70 dando inicio a una crisis que se hará más evidente a finales de los 80. Urbaneja, desde luego, no es el único académico seducido por la idea de historiar amplios periodos de la vida política venezolana: en 1998 el reconocido historiador Manuel Caballero publicó *Las Crisis de la Venezuela contemporánea (1903- 1992)* (Caballero, 1998).

IV. Los 90: el fin de la excepcionalidad venezolana

Escribir sobre Venezuela a comienzo de los 90 era caminar en arena movediza. La crisis larvada durante una década emergió con fuerza en el segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez quien pasó de ser electo con un importante apoyo electoral a ser destinatario, en poco tiempo, apenas días, de revueltas sociales y protestas constantes. En este clima turbulento, cambiante, Michael Coppedge transitó su programa de investigaciones sobre Venezuela. Reclutado por Juan Linz en su cruzada contra el presidencialismo, Coppedge es uno de los académicos que participó del proyecto *Las Crisis del presidencialismo*, con un artículo titulado “Venezuela, democrática a pesar del presidencialismo” (Linz y Valenzuela, 1994). En aquel marco de disputa, nada menos que Giovanni Sartori había sostenido que Venezuela era el único país sudamericano que podía “sobre la base de dos partidos fuertes y disciplinados, enfrentar el riesgo de un experimento parlamentario”. (Sartori, 1994, p. 97). La tesis doctoral de Coppedge apareció ese mismo año, 1994, bajo el título *Strong Parties and Lame Ducks, Presidential Partyarchy and Factionalism in Venezuela* publicado en la Universidad de Stanford (Coppedge, 1994). El libro es un estudio de la partidocracia en el contexto de un sistema presidencialista. Según Coppedge, en Venezuela los partidos políticos monopolizan la instancia electoral, el proceso legislativo y penetran en organizaciones políticamente relevantes en un grado que violenta el espíritu democrático. Pero el proceso político no desaparece cuando la partidocracia bloquea los canales informales de representación, sino que se desvía hacia la arena política de los partidos: este es el motivo por el cual en Venezuela las luchas “faccionales” ocupan un lugar muy relevante. Estas luchas siguen un único patrón que contribuye a la mala calidad de la democracia en Venezuela. Cada vez que un partido gobierna se divide en dos antagonistas: un grupo de “Ins” que quieren preservar el liderazgo del presidente en ejercicio, y un grupo de “Outs” que está principalmente interesado en elegir al

próximo presidente. Las luchas “faccionales” que en los 60 guardaban motivos más bien ideológicos o programáticos, con el tiempo van a adquirir un carácter meramente pragmático.

Los acontecimientos en Venezuela permitieron a Coppedge ir más allá: en 1992, el gobierno de Pérez sufrió dos intentos de golpes de estados, el hostigamiento de facciones de su partido y de sectores muy relevantes de la vida política nacional. La situación era de una debilidad tal al punto que a uno de los líderes del primer golpe, Hugo Chávez Frías, le bastó con tan sólo 178 palabras y poco más de un minuto de pantalla televisiva para provocar un sismo: "Compañeros, lamentablemente, por ahora, los objetivos que nos planteamos no fueron logrados en la ciudad capital". Nadie entonces imaginó que un discurso tan breve provocaría consecuencias tan duraderas. Y así, mientras un connotada periodista, Napoleón Bravo, mostraba el lado más oscuro de la condescendencia en sendas entrevistas al ex dictador Marcos Pérez Jiménez, su esposa, Ángela Zago, ex guerrillera y profesora universitaria, dedicaba loas a los golpistas con un libro cuyo título bien reflejaba el pobre estado de la representación democrática, *La rebelión de los ángeles* (Zago, 1992). Un año después, a pocos meses de concluir su mandato, la Corte Suprema de Justicia autorizó un antejuicio contra Carlos Andrés Pérez, cargado de irregularidades, y el 21 de mayo el Congreso Nacional autorizó el juicio separándolo del cargo de presidente. El presidencialismo no brindaba herramientas para la salida de una crisis de legitimidad. La partidocracia, que socavaba la calidad de la democracia, también en el largo plazo, y en el contexto del presidencialismo, amenazaba la estabilidad misma del sistema

A mediados de los 90 ya nadie se atrevía hablar de "excepcionalismo" venezolano, y hasta un entusiasta como Daniel H. Levine publicó una reseña sobre una serie de libros cuyo título lo decía todo: "Goodbye to Venezuelan Exceptionalism" (Levine, 1994). Pero lo cierto es que Venezuela no dejaba de ser un caso diferente: mientras la literatura sobre Latinoamérica se había centrado primero en los gobiernos de tipo autoritarios (O'Donnell, 1982) y luego en la posterior transición a gobiernos civiles, abordando los problemas de consolidación de un régimen democrático (O'Donnell y Schmitter, 1986; Nun y Portantiero, 1987), Venezuela, en cambio, estaba enfrentando una descomposición de un régimen democrático ya hace tiempo establecido. Había un relativo consenso en la academia de que el sistema que había sustentado la democracia dependía de la presencia y adecuada interacción de tres factores fundamentales: la abundancia de recursos económicos provenientes de la renta petrolera, que permitía al Estado satisfacer demandas de grupos y sectores heterogéneos; un nivel más bien bajo de demandas relativamente simples que permitía su satisfacción con los recursos disponibles; y la capacidad de las organizaciones (partidos y grupos de presión) y de su liderazgo para agregar, canalizar y representar esas demandas, asegurando la confianza de los representados (Goodman y Mendelson Forman, 1995). Estos factores y equilibrios habían desaparecido: la realidad social y demográfica en Venezuela había cambiado radicalmente desde 1958. Emergieron nuevos actores, nuevos grupos: el notable crecimiento de la clase media, el aumento extraordinario de las expectativas, la complejización de las demandas al momento que el descrédito global a los sistemas político-económicos centrados en el estado estaba creciendo. Jennifer McCoy, en un libro editado en 1995, en la Universidad de Miami, junto a Andrés Serbin y William C. Smith, *Venezuelan Democracy Under Stress*, sostenía que Venezuela estaba atravesada por tres crisis interrelacionadas: 1) la crisis fiscal del estado (agravada por la debilidad del sector privado interno), 2) las deficiencias administrativas asociadas con una burocracia estatal hinchada, y 3) una crisis de legitimidad de las instituciones públicas, ejemplificada por una pérdida masiva de confianza en el Congreso, el poder judicial, los partidos políticos y los mecanismos asociados con el estado rentista (McCoy, Serbin y Smith, 1995).

Hubo un interés creciente en los Estados Unidos por evaluar la experiencia de países en el proceso de reforma económica: en 1993, el Carnegie Endowment for International Peace financió la publicación de un libro de Moisés Naím, ex ministro de Carlos Andrés Pérez, *Paper*

tigers and Minotaurs. Continuando una línea de interpretación de corte liberal, Naím aporta una mirada interna a los problemas reales en la gestión de la transformación económica frente a distintos grupos de interés (partidos, sindicatos, empresarios). Sostiene, que los problemas en la aplicación de las reformas en Venezuela se debieron, en parte, a la baja calidad de la gobernabilidad y a un flujo insuficiente de información pública para explicar las reformas (Naím, 1993). En una línea de interpretación socialdemócrata, Miriam Kornblith, profesora de la Universidad Central de Venezuela, en un artículo publicado en la Revista Nueva Sociedad, "La crisis del sistema político venezolano", argumentaba que mientras las reformas de tipo político emprendidas por Pérez tuvieron cierto éxito, las reformas económicas en cambio no. Esto, sostiene, debido a que las primeras gozaban de consenso en la clase dirigente y opinión pública venezolana, al contrario de las segundas (Kornblith, 1994).

Lo cierto es que las reformas a mitad de camino y la creciente conflictividad social abonaron el terreno para la "revitalización" de los estudios CENDES y la crítica desde la izquierda. En 1998, el sociólogo venezolano Edgardo Lander, con el apoyo CLACSO, reunió en Caracas a un grupo de intelectuales entre los que se encontraban los antropólogos Fernando Coronil y Arturo Escobar, el semiólogo argentino Walter Mignolo y el sociólogo peruano Aníbal Quijano. Surgía el grupo «Modernidad colonialidad», en línea con la formación del «Coloniality Working Group», espacio en el que participaban estudiantes y profesores vinculados a los enfoques del World-systems approach. Un año antes, en 1997, Fernando Coronil había publicado *The Magical State: Nature, Money, and Modernity in Venezuela*, un libro que gozó de cierta repercusión internacional en la academia, y en donde los enfoques de *World-systems approach* eran notorios (en particular en el intento, más bien fallido, de refutar algunas posturas de Terry Karl) (Coronil, 1997). Pero qué «Modernidad colonialidad» haya surgido en Caracas en 1998, no puede pasar inadvertido: no era inocente el año, mucho menos el lugar. Autores como Edgardo Lander y Steve Ellner brindaron un importante soporte intelectual a la narrativa chavista en la segunda mitad de los 90 y comienzo de los 2.000. No es difícil advertir en esta perspectiva sobre la historia reciente venezolana ciertas miradas constantes. El Caracazo —una serie de fuertes protestas y disturbios que comenzaron el 27 de febrero de 1989 (a pocos días de la asunción Carlos Andrés Pérez) — fue tomado como símbolo, el hecho histórico emergente que demostraba el fracaso de la democracia venezolana, en la que (además) nunca habían creído. Margarita López Maya en un artículo publicado en el Kellogg Institute for International Studies de la Universidad de Notre Dame, "Venezuela después del Caracazo: Formas de la protesta en un contexto desinstitucionalizado", sostenía que la intensificación de las protestas sociales tenía su origen en la decadencia de los canales institucionales de los que ciertos sectores hacían uso para transmitir sus demandas (López Maya, 2002). Otro rasgo marcado fue la permanente crítica al modelo neoliberal como un programa que profundizó la crisis económica, aumentó la marginalidad, desmanteló las redes clientelares y de contención creadas durante el "puntofijismo", minando así la legitimidad del sistema (Tinker Salas y Ellner, 2006). Esta crítica iba acompañada de un recurso que les resultaba muy funcional: la de calificar a la democracia puntofijista como "semi democracia" o "pseudo" democracia y contraponerla a la "democracia directa" o auténtica democracia que era asociada, a su vez, al proceso iniciado en 1999 (Azzellini, 2012; Ellner, 2007; López Maya, 2005). Finalmente, una constante en el relato de izquierda constituyó aquello que el historiador Agustín Blanco Muñoz no dudó en calificar como la "defenestración de Carlos Andrés Pérez" (Blanco Muñoz, 2010)⁵.

⁵ Que Carlos Andrés Pérez haya emergido como la bestia negra del relato de izquierda quizás se debía a una multiplicidad de causalidades heterogéneas: tal vez haya sido porque como Ministro de Relaciones interiores de Rómulo Betancourt (1959- 1964), lideró la lucha contra grupo guerrilleros de izquierda; tal vez haya sido porque en su primera presidencia, nacionalizó el petróleo y el hierro; tal vez haya sido porque durante su segunda

V. Los 2000: pensar el colapso

Si durante los 90 el concepto crisis se convirtió en un lugar común para explicar el proceso (Álvarez, 1996; Caballero, 1998; Goodman *et al.*, 1995; McCoy, Serbin y Smith, 1995; Rey, 1991), los términos *Bankruptcy* y *collapse* constituyeron un tipo de reflexión muy utilizadas para explicar su desenlace: las elecciones de 1998 se convirtieron en una contienda entre dos candidatos ajenos al sistema de partidos establecido. Ruth de Krivoy, una profesora universitaria que ocupó la presidencia del Banco Central de Venezuela durante el segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez, fue una de las primeras en usar el término “colapso” en relación con la crisis venezolana. En el año 2000 publicó *Collapse: The Venezuelan banking crisis of 1994*, un estudio, y a la vez un relato en primera persona, de un proceso de insolvencia masiva que afectó a casi un tercio de la banca privada comercial venezolana, y produjo un enorme deterioro económico y social (Krivoy, 2000). El término *collapse* surgía entonces como categoría nativa, vale decir empleada por los mismos protagonistas del proceso, desde una perspectiva que podemos llamar situada, aunque no tardaría en ser tomada como categoría analítica, fundamentalmente por científicos políticos, para explicar el colapso del sistema de partido en perspectiva comparada (Cyr, 2017; Dietz y Myers, 2007; Morgan, 2011; Seawright, 2012; Hausmann y Rodríguez, 2013; Sagarzazu y Cyr, 2015; Hetland, 2016).

Jason Seawright, cuyos campos de estudio son Perú y Venezuela, define colapso como “aquella situación en que las partes que constituyen el tradicional sistema de partidos se tornan simultáneamente irrelevantes electoralmente” (Seawright, 2012, p 13). ¿Cómo colapsaron estos sistemas de partidos? ¿Qué motivó a la mayoría de los votantes a abandonar los partidos tradicionales y en su lugar votar por candidatos y partidos externos? ¿Por qué los líderes de los partidos establecidos no tomaron decisiones estratégicas que pudieran prevenir esto? Una importante línea de estudios, en donde es notoria la influencia de los enfoques CENDES e historia social, explican el colapso del sistema de partidos haciendo referencia a las características del sistema de clases. Kenneth Roberts, profesor del departamento de Gobierno de la Universidad de Cornell, señala que las divisiones políticas en Venezuela durante el proceso de colapso no siguieron líneas estrictas de clase, pero sostiene que el fenómeno Chávez fue especialmente atractivo para sectores subalternos no organizados de la población, explicando así el colapso en términos de politización de una creciente polarización social entre las “élites” y los “sectores populares” (Roberts, 2003). En esta misma línea, Jana Morgan, a través de un análisis de los comisiones legislativas y de los proyectos de ley enfatiza la creciente pérdida de *capacidad de respuesta* por partes de los actores políticos a las demandas sociales durante el periodo 1983- 1998, demandas que se habían complejizado a raíz del aumento de la informalidad provocada por la crisis, y el consiguiente proceso de reforma: esa brecha entre las demandas sociales y la capacidad de respuesta, minó la representación de los principales actores del sistema. La informalidad, por otro lado, constituyó, según la autora, la base electoral de Chávez en 1998 (Morgan, 2011).

En este marco de cierta preponderancia de estudios sobre el “colapso”, había sin embargo alguien dispuesto a revalorizar el rol de los partidos políticos. Con este fin, el reconocido politólogo Javier Corrales aborda una temática irresistible tanto para economistas como para los politólogos en las postrimerías del siglo XX: que determina la *performance* de aquellos gobiernos que emprenden reformas orientadas al mercado. En *Presidents Without Parties, The Politics of Economic Reform in Argentina and Venezuela in the 1990s*, Corrales toma como casos de estudio dos administraciones que iniciaron procesos de reformas: en

presidencia, implementó un programa de reformas de inspiración neoliberal; o tal vez haya sido —como alguna vez lo insinuó una reconocida dirigente adeca— porque Carlos Andrés Pérez, por su carisma y pretensiones de líder tercermundista, fue el político a quien Chávez más se haya parecido (Gamus, 2012).

Venezuela, la presidencia de Carlos Andrés Pérez (1989- 1993), y en Argentina la presidencia de Carlos Saúl Menem (1989-1999). (Corrales, 2002). Según el autor, grandes transformaciones que implican sacrificio pueden ocurrir sin compromisos significativos en la estabilidad política, siempre que el ejecutivo pueda obtener el consentimiento del partido gobernante. El éxito de la aplicación de las reformas por parte Menem se debía entonces a que logró obtener el apoyo de su partido, el Partido Justicialista, en tanto que el fracaso de Pérez se debió a la ausencia de ese apoyo por parte de Acción democrática, el partido de gobierno. Pero Corrales llevará su argumento más allá: sostiene que la decisión de Pérez de abandonar las reformas en 1992, a pedido de su partido, ofreció a los "sectores afectados" la libertad de oponerse a las reformas y socavar a los partidos políticos existentes. Esta estructura de oportunidades, sugiere Corrales, explica la emergencia de partidos como Causa R, la victoria electoral de Convergencia en 1993, e incluso, indirectamente, la carrera política de Hugo Chávez. Debido a que los oponentes a las reformas se identifican por los costos económicos que sufren, se deduce que aquellos votantes, de experiencia subjetiva más intensa, constituyen el centro de la coalición que provoca el colapso del sistema de partidos (Corrales, 2002).

Otra línea teórica rastrea los fracasos estratégicos de los líderes de los partidos tradicionales durante el proceso de colapso. Dietz y Myers (2007), por ejemplo, atribuyen el colapso del sistema de partidos a patrones de institucionalización excesiva o inadecuada del sistema de partidos, un problema que ya había sido ampliamente abordado en la literatura pre colapso. El politólogo peruano Martin Tanaka, centra su análisis en las interacciones de la élite una vez que un actor extraño al sistema tradicional ha ocupado la presidencia, evitando así lidiar con las interacciones entre las élites y los votantes durante el declive electoral que condujo a la elección de un presidente externo. Tanaka se concentra en las secuelas del colapso más que en sus causas (Tanaka, 2006).

En 2014, los politólogos Jennifer Cyr e Iñaki Sagarzazu publican “Sistemas de partido multinivel y el colapso del sistema de partidos en Venezuela” en el marco de un proyecto colectivo denominado *Territorio y Poder: Nuevos actores y competencia política en los sistemas de partidos multinivel en América Latina*, dirigido por Flavia Freidenberg y Julieta Suarez-Cao. En un intento de dar respuesta al colapso desde una perspectiva multinivel, Cyr y Sagarzazu emprenden un análisis del comportamiento electoral de los partidos políticos venezolanos, su performance en las elecciones regionales, a partir de la descentralización impulsada por Carlos Andrés Pérez en 1989 (Cyr y Sagarzazu, 2015). Según los autores, “la nacionalización de los estudios” ha dificultado el entendimiento de los mecanismos mediante los cuales los partidos tradicionales venezolanos dieron pasos a nuevas fuerzas. Si bien, esta afirmación es altamente discutible, no deja de ser cierto que los 90 en Venezuela estuvieron atravesados por tensiones dinámicas y procesos algunos de los cuales sólo se comprenden asumiendo la potencialidad epistémica de recuperar los espacios subnacionales. Espacios en donde lo político no sólo se reproduce sino —también— se produce.

Si en las postrimerías del siglo 20 y comienzo del 21, el común de los politólogos había preferido comparar el proceso venezolano con el peruano —la emergencia en ambos países de un discurso “anti política”, el colapso del sistema de partidos, la irrupción de figuras ajenas al sistema: Chávez -Fujimori— (Tanaka, 2007; Dietz y Myers, 2007; Seawright, 2012; Cyr, 2017), los cambios políticos en el continente abrirán nuevas ventanas y oportunidades comparativas. El 2 de marzo del 2008, el presidente Chávez, en su programa televisivo *Aló presidente*, anunciaba el cierre de la Embajada venezolana en Bogotá y el refuerzo militar de la frontera con Colombia, mientras calificaba al presidente Uribe como “lacayo y mentiroso”. La difícil convivencia entre dos figuras tan carismáticas como ideológicamente disímiles reavivó el interés por los estudios comparativos entre los procesos políticos colombianos y venezolanos. La publicación en 2011 de *Democracias precarias. Trayectorias políticas divergentes en Colombia y Venezuela* de la reconocida politóloga colombiana Ana María

Bejarano, no podía ser más oportuna. El argumento central de esta obra se sustenta en que las instituciones de larga data, tales como el estado y los partidos políticos, son la “correa de transmisión” de los factores estructurales y las decisiones estratégicas tomadas por las élites durante coyunturas críticas determinadas (Bejarano, 2011, p. 28). De allí la enorme importancia que tiene *la historia* en este libro, algo tan saludable como poco frecuente entre sus coetáneos. Su forma de historiar está signada por la exploración de dos legados institucionales, uno proveniente del *pasado* y otro proveniente de la *transición*, destinados a explicar la divergencia de las trayectorias democráticas de Colombia y Venezuela desde 1958 hasta finales de la década del ochenta. Su primera diferencia con Karl estriba en la excesiva importancia dada a la coyuntura de la transición, a costa de subestimar los factores de largo plazo, políticos y socioeconómicos, que ejercen un impacto diferenciado sobre la evolución futura de la democracia, tal como lo había argumentado Cavarozzi 20 años antes (Cavarozzi, 1991). Además, según Bejarano, al concentrarse primordialmente en las coyunturas de transición, este tipo de argumentación tiende a obviar la naturaleza contingente de la política (Bejarano, 2011, p. 33). Y así, Bejarano utiliza los mismos argumentos usados por Levine en su crítica a Karl, en la recordada reseña de transiciones en el *World Politics* de la Universidad Cambridge (1988): polemiza con la visión elitista y excluyente de los pactos que tiene Karl, y en su idea de que estos conducen a regímenes estables pero más conservadores. En un esfuerzo por aclarar el impacto real de los pactos transicionales en el proceso político posterior, Bejarano diferencia las restricciones heredadas de los viejos modelos de hacer política y las nuevas restricciones introducidas por los pactos (al nivel de los mecanismos y restricciones institucionales), y sostiene que Venezuela presencié, a diferencia de Colombia, una “negociación más abarcante, con una gama más amplia de actores” que posibilitó un régimen más inclusivo (Bejarano, 2011, p. 70).

Un nuevo boom petrolero a partir del 2003, generó el ambiente propicio en la academia para volver sobre aquellas preguntas que signaron el debate en la década del 70: ¿cómo afectará este auge en las instituciones económicas y políticas de los países exportadores de petróleo? Mientras académicos como Michael L. Ross sostenían que el petróleo obstaculiza la democracia (Ross, 2001), y autores como Nathan Jensen y Leonard Wantchekon brindaban evidencia empírica que sugería una correlación fuerte y negativa entre la presencia de un importante sector de recursos naturales y el nivel de democracia en África (Jensen y Wantchekon, 2004), Thad Dunning, profesor de ciencias políticas de la Universidad de California, estaba dispuesto a demostrar que el petróleo y otras formas de riqueza mineral, podían, también, promover la democracia. Desde luego esta afirmación estaba en toda la literatura sobre la democracia Venezuela, a la que Thad Dunning no dudó en recurrir en su libro *Crude Democracy* aparecido en 2008. En este trabajo, desarrolla un enfoque teórico unificado, a través de un análisis comparativo, que le permite iluminar variables estructurales que tienden a privilegiar los efectos democráticos o autoritarios de las rentas. Los dos factores más importantes son el nivel de desigualdad privada y el grado de dependencia de los recursos. En aquellos países con desigualdad privada elevada, y grado de dependencia del recurso bajo, la renta tiene un efecto democrático. Venezuela integra este grupo de países (Dunning, 2008).

Para sustentar su modelo teórico necesita discutir con gran parte de la literatura sobre Venezuela, tanto con aquellos que han enfatizado el carácter especial de las instituciones democráticas establecidas en la transición (Levine, Rey, Coppedge) como aquellos que hacen foque en los cambios económicos estructurales asociados con el auge de la economía del petróleo (Karl). En su análisis histórico sobre Venezuela, sigue, en gran parte, el esquema planteado por Neuhouser en 1992. Comparte su idea de que el breve período democrático de 1945 a 1948 se caracterizó por una atmósfera de intenso conflicto de clases. Si la mayoría de los analistas habían afirmado que las rentas del petróleo crearon una arena política sin perdedores, un juego de “suma positiva” (Naim y Piñango, 1984), Dunning considera que el

petróleo contribuyó a la democracia pero a través de otro mecanismo: la mitigación del conflicto redistributivo reduce el costo de la democracia; la renta hace que la mayorías democráticas se comprometan con niveles bajos de futura redistribución en democracia, un efecto sobre todo importante en los países con alta desigualdad en el sector privado, donde la redistribución es un aspecto destacado del conflicto político. Dunning explica la crisis venezolana, y la atribuye a la caída de las rentas petroleras a partir de los 80 que, combinada con altos niveles de desigualdad, produjo la base estructural necesaria para la politización de la clase en Venezuela a partir de los 90. El conflicto de clases, a su vez, hizo que la democracia venezolana fuera significativamente más costosa para las élites (Dunning, 2008).

El tiempo, por el solo hecho de pasar, cambió la percepción de la opinión pública, de los actores y de los académicos, sobre aquella crisis, sobre aquel colapso. En 2005, el sociólogo Carlos Hernández y el profesor Luis Emilio Rondón habían publicado *La Democracia traicionada*, un libro que deliberadamente se apartaba del *mainstream*: de los modos establecidos de pensar el puntofijismo (Hernández y Rondón, 2005). Pero si en 2005 la defensa de Pérez, y su programa de reformas, constituían una provocación, 5 años después aquella defensa comenzaba a convertirse en un lugar común en amplias porciones de la opinión pública venezolana: la enorme repercusión de *La Rebelión de los naufragos*, una crónica sobre el segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez, escrito por la periodista Mirtha Rivero, resultaba sintomático de las transformaciones en el clima de ideas (Rivero, 2010). A 15 años de la elección de Hugo Chávez, la imagen de millones de venezolanos huyendo del país, después del mayor boom petrolero de la historia, dejaba en evidencia de que lo ahora estaba en crisis era el régimen chavista, y hasta una de sus más reconocidas entusiastas, la historiadora Margarita López Maya, no tuvo reparos en sostener que el régimen había colapsado (López Maya, 2014).

El repetido ciclo de crisis y colapso generó el ambiente para propuestas que excedan el análisis del sistema de partidos, y hasta del tipo de régimen. Un viejo conocido, Diego Bautista Urbaneja, reaparece en la escena con una novedosa teorización sobre el estado rentista. Si Levine alguna vez calificó a un libro de Urbaneja, *Pueblo Petróleo...*, como “rico y complejo que desafía el resumen fácil” (Levine, 1994, p. 149), algo parecido puede decirse de la *Renta y el Reclamo* (Urbaneja, 2013). Con nuevas miradas, y renovados enfoques, este trabajo demuestra que una correcta comprensión de la dimensión de la democracia puntofijista (1958-1998) no resulta posible sin la apelación a los estudios de largo plazo, comparando ese período con otros anteriores para dar cuenta de su especificidad y continuidades. Como lúcido artesano de la sospecha que sabe hacer un correcto uso de las licencias del ensayo, Urbaneja abre una ventana de oportunidades para investigaciones futuras. Una de ellas, crucial para comprender el origen de la crisis venezolana. Si el petróleo en Venezuela no sólo generó crecimiento económico sino también una cultura, una manera de vivir, una visión del mundo y, en particular, una forma de procesar los conflictos, este sistema de creencias, del que los actores no pueden escapar, quizás pueda explicar en parte por qué Carlos Andrés Pérez impulsó el proyecto de la “Gran Venezuela” en el marco de una coyuntura crítica de alza extraordinaria de los precios en 1973. Urbaneja escribe un incitante capítulo donde se pregunta si el V Plan no es sino una nueva versión de la siembra del petróleo (Urbaneja, 2013: 271). Y, aunque en este punto sin citarla, Urbaneja confirma la hipótesis de Karl, postulada casi 30 años antes, que sostenía que los pactos pueden afectar negativamente a la eficiencia estatal a largo plazo a través de mecanismos formales e informales de reparto del poder partidista (Karl, 1987, p. 89). El proyecto «La gran Venezuela» para producir los resultados esperados requería un nivel de *eficiencia* ciertamente elevado, en el marco de un sistema de gestión de lo público cuyo eje era el *consensualismo*. Según Urbaneja, las empresas de la administración descentralizada que proliferaron durante el primer gobierno de Pérez, funcionaron con una lógica de “gestión puntofijista” atendiendo las diversas demandas que les llegaban para aumentar su propio consenso, “minimizando sus conflictos” y contando en último término con la renta petrolera: ya

sea para absorber mano de obra innecesaria por demanda clientelar del partido, ya sea para resolver deudas laborales con los sindicatos, ya sea para disimular la ineficiencia en la compra de insumos a un proveedor privado; en definitiva, para “enjuagar sus déficits”, y solventar los costos de sus decisiones. Y cuando la renta petrolera no dio a basto, estas empresas —que contaban con mayor autonomía y agilidad que los ministerios de la administración centralizada— no tuvieron reparos en endeudarse sin mayores impedimentos con bancos en el exterior (Urbaneja, 2013, p. 265-266).

VI. Revisitar la crisis: crítica a la literatura reciente

Pensar la democracia de Punto Fijo a la luz del proceso chavista fue un lugar común en los últimos 20 años: advertida o inadvertidamente lo que en verdad se quería explicar era el origen del chavismo. No es extraño: la irrupción de Hugo Chávez como fenómeno político, y su importante proyección en la escena internacional, hicieron que el interés de los académicos se centrara en él. Esto ocasionó una tendencia a reconstruir el proceso histórico del puntofijismo desde variables que derivan en el resultado final, colapso. (Y en el más burdo de los casos, una tendencia a reconstruir el proceso histórico del puntofijismo desde variables que convinieron al relato chavista.) Si el foco está centrado en sólo lo que efectivamente sucedió, pasamos por alto que los actores se comportaron en función de una historia previa, pero también de un abanico de acciones que tiene que ver con sus expectativas de futuro. Redescubrir ese horizonte de expectativas, tomar los futuros no advenidos como parte del análisis es clave para sopesar mejor porque los actores eligieron una acción y no la otra, porque sucedió lo que sucedió: pensar el colapso —también— como una contingencia.

Es de aquí, en parte, desde donde derivan los límites de los distintos modos de explicar el colapso formuladas por un sector de la academia a partir de los años 2000. Un primer señalamiento guarda relación con la dimensión del objeto: lo que entró en crisis y en posterior colapso no es el sistema de partidos sino la democracia puntofijista que constituyó un tipo de régimen que incluyó durante su historia distintos tipos de sistema de partidos: multipartidista en los 60, bipartidista en los 70 y 80, y nuevamente multipartidista en los 90. Un análisis centrado en los partidos es insuficiente, ya que el régimen implicó, como se sabe, un acuerdo entre grupos muy relevantes de la vida política nacional: la iglesia, las fuerzas armadas, el empresariado y los sindicatos (Levine, 1973). Los trabajos más recientes de tipo comparativo mantienen un defecto ya presente en los trabajos de historia social (López Maya, 2005; Tinker Salas y Ellner, 2006): tomar la escala de lo “global” como nivel autónomo de análisis. Esto es evidente en el extraordinario peso que las reformas neoliberales tienen en los trabajos como condicionantes de todo el proceso (Corrales, 2002; Roberts, 2003; Morgan, 2007). Desde luego una visión más comprensiva no debe ignorar el horizonte temporal del período, pero debe enfatizar que el proceso tiene solamente conexiones establecidas, habitadas, pensadas por los actores mismos.

Si una crítica a una línea de la literatura pre-colapso había consistido en la tendencia a la construcción de distintos conceptos para definir fenómenos complejos — la crítica de Levine a McCoy (Levine, 2021) —, esa tendencia a definir tipos ideales y modelos predictivos se ha exacerbado en la literatura más reciente. Los límites de la reconstrucción de un proceso histórico atado a esquemas comparativos o modelos teóricos están muy claros en el trabajo Neuhouser (1992). Con el objetivo de sustentar su modelo de “compromiso de clase” asegura que la fragmentación del sistema de partidos en los 60 fue el resultado de una disminución en el apoyo a los dos partidos de centro y el ascenso de la izquierda en la arena política. Según su modelo, tal acontecimiento se debía a la ausencia de recursos suficientes por parte de los administradores estatales para satisfacer las demandas de consumo de una clase trabajadora

movilizada. Bajo este esquema, la estabilización democrática se dará recién en los 70, cuando los recursos comienzan a estar disponibles a partir del boom petrolero. Pero una visita al debate político en los 60, un análisis de la dinámica internos de los partidos, y una lectura de los resultados electorales, nos revela un mapa donde la izquierda no tiene la preponderancia estimada por Neuhouser, quien además pasa por alto la emergencia en el mismo periodo de partidos de centro y derecha, además de no estimar la importante participación electoral en todo el periodo. Asociar fragmentación y multipartidismo a ruptura de pactos y desestabilización en los 60, y asociar consolidación del bipartidismo a estabilización democrática en los 70, son algunos errores que 16 años después serán tomado por Dunning (2008) a quien esta mirada del proceso histórico le resultaba funcional a los fines de su modelo teórico. Bajo este esquema, la crisis tan solo se explica bajo un enfoque fiscal del estado rentista.

En la literatura reciente en torno al colapso hay un excesivo énfasis en la medición de indicadores (proyectos de ley, decretos, encuestas de opinión pública, resultados electorales). Esta excesiva cuantificación resulta evidente en los análisis en torno al agente que hacen Jana Morgan (2011) y Jason Seawright (2012), donde los actores son analizados sólo en relación con el problema de sub-representación ideológica. Esta perspectiva, que sólo atiende a aquellas variables que han apartado a los actores de lo que deberían haber hecho, no alcanza a dilucidar el proceso a partir de la cual los actores fueron siendo y haciendo: vale decir, este enfoque, de impugnación prescriptiva, es útil para describir el problema, no así para explicarlo. Sumado a esto, en algunos trabajos, el sesgo en la selección de fuentes es notorio: por ejemplo, en el relevamiento de eventos de protesta a través de medios gráficos utilizada como técnica por López Maya (2002), las únicas fuentes utilizadas son los diarios El Bravo Pueblo y el Nacional, sin advertir al lector las preferencias políticas de los mismos medios.

Finalmente, en la literatura reciente (y con las obvias excepciones de los académicos que trabajan el proceso venezolano desde antes de la década del 90) hay una mirada parcial e incompleta del arsenal teórico aportado por la literatura pre-colapso (producidos durante los 70, 80 y 90) que examinó el puntofijismo y su posterior crisis. Esto se debe, como dije, a la manera de explicar el proceso histórico que determinó que la dimensión del objetivo esté dominada por el colapso. Habrá entonces que comenzar por releer los textos, y en muchos casos simplemente leerlos. Los aportes realizados por la literatura pre-colapso no sólo no han sido superados, sino que recuperarlos y combinarlos con los estudios más recientes daría una visión más comprensiva del proceso.

Un proyecto centrado en el agente debiera incluir las identidades sociales de esos actores, inscribiéndolas en una continuidad histórica y otorgándoles un sentido, es decir, una significación y una dirección. Para ello es necesaria otra *manera de historiar*: cuidadosa en observar las premisas subyacentes a las intervenciones de los actores que revelan un sistema de creencias que no logran trascender; y a la vez, más abierta en detectar lo vacilante e imbricado de las variables en disputa, menos atada al punto de llegada. Un proyecto que intente explicar el colapso del puntofijismo necesariamente debe repensar las causas de la crisis y, para ello, recuperar los proyectos de la literatura pre-colapso (Levine, Karl, Urbaneja, Bejarano, McCoy, sólo por citar algunos), que ayudarán a comprender el tipo de régimen inaugurado en 1958, analizar el desarrollo del modelo y problematizar sobre los límites que los pactos, los legados del pasado, el clima de ideas, y los cambios económicos estructurales asociados con el auge de la economía del petróleo, impusieron a los agentes. Pensar el colapso supone pensar por qué la crisis tuvo el final que tuvo: implica pensar cómo los actores se posicionaron ante ella en el marco de disputas por el poder intraelite: y, de nuevo, volver a problematizar la naturaleza de la elección, las identidades de los actores que toman esas decisiones y la manera en que forman sus preferencias dentro de estructuras específicas de incentivos. Crisis y colapso como una unidad, y no aisladas, debieran ser parte de la dimensión del objeto.

VII. Conclusión

Los debates en torno a los conflictos y a las desigualdades socioculturales; las controversias en torno al petróleo, los pactos, el peso de las transiciones y la influencia de los legados históricos; las discusiones en torno al rol de las agencias o los límites impuesto por el sistema. Nada de esto estuvo ausente en 50 años de debates académicos sobre el puntofijismo. Las voces se cruzaron desde muchas direcciones: las ideas que, en un momento determinado, parecían estar a contracorriente, en realidad, formaban parte de tradiciones furtivas destinadas a la notoriedad cuando el contexto lo permitiera. Las discusiones, desde luego, fueron cambiando, y han cambiado, pero lo han hecho, al decir de Sastre, en el interior de una permanencia.

Si los conflictos geopolíticos, el marco político local y regional, si el clima de ideas, si las disputas entre factores de poder traducidos en discusiones en la esfera pública, suministraron —en parte— las claves de los debates, la elección de los temas, la formulación de las preguntas, en algunos casos —también— explicaron sus límites. Si en los 60 y los 70, “la excepcionalidad venezolana” constituyó una idea predominante que se transformó, en los 80, en un debate en torno a la crisis que derivó, en los 90, en una preocupación por la descomposición misma del sistema, los autores de los 2000 tenían, en cambio, la ventaja de la película terminada a la vez que la necesidad, advertida o inadvertida, de explicar su presente: de explicar el chavismo. Esto sesgó la mirada sobre el periodo anterior que fue reconstruido desde variables que conducían a su resultado final, *colapso*, y a partir allí a una explicación del origen del chavismo. Esta mirada determinada por el punto de llegada condicionó la elección del objeto de estudio pasando por alto el análisis de la naturaleza misma del régimen en cuestión. Esto se tradujo en un conjunto de operaciones destinadas a atender sólo a aquellas variables y procesos que habían apartado a los actores del sistema colapsado de aquello que supuestamente deberían haber hecho para no colapsar. A esta mirada, le resultó muy conveniente los estudios de tipo cuantitativo y poco útil el arsenal teórico aportado por la literatura pre-colapso.

Una lectura de los trabajos de los autores que publicaron en los 70, 80 y 90, una visita a las discusiones públicas, una indagación del clima de opinión de aquellos años nos revela un mapa político configurado por la *crisis*; un territorio en disputa del que participaban una pluralidad de actores que desplegaban acciones vinculadas a un abanico de expectativas en donde el punto de llegada era sólo uno de los futuros posibles. El colapso como contingencia nos conduce a explorar otra manera de historiar basada en indagar cómo los actores se posicionaron ante aquella *crisis* en el marco de sus luchas por el poder. Una manera de historiar abierta a detectar lo vacilante e imbricado de los fenómenos y procesos en disputa, a la vez que atenta en considerar y sopesar, en plazos más largos, las consecuencias de la *transición* (Karl, Levin) y las influencias de los *legados históricos* (Bejarano, Urbaneja). El colapso solo puede explicarse, al decir de Halperin Donghi, por la historia misma.

Bibliografía

Libros

- ALEXANDER, Robert J. (1964) *La revolución democrática de Venezuela*. Rutgers University. 1964.
- AZZELLINI, Dario (2012). *La construcción de los dos lados del poder*. El Perro y la rana.
- BALOYRA, E. y MARTZ, J. (1979). *Political Attitudes in Venezuela. Societal Cleavages and Political Opinion*. Austin: University of Texas Press.
- BAPTISTA, Asdrúbal (1997). *Teoría Económica del Capitalismo Rentístico: Economía, Petróleo y Renta*. IESA.
- BAPTISTA, Asdrúbal (2006). *El relevo del capitalismo rentístico*. Fundación empresa Polar.
- BEJARANO, Ana María (2011). *Democracias precarias: Trayectorias políticas divergentes en Colombia y Venezuela*. Universidad de los Andes, Colombia.
- BLANCO MUÑOZ, Agustín (2010). *¡Yo sigo acusando!* Fundación Cátedra Pío Tamayo.
- BONILLA, Frank. *El fracaso de las élites*. Centro de estudios del desarrollo UCV. 1972.
- CABALLERO, Manuel (1998). *Las crisis de la Venezuela contemporánea (1903- 1992)*. Alfadil ediciones.
- COPPEDGE, Michael (1994). *Strong Parties and Lame Ducks*. Stanford University Press, 1994.
- CORONIL, Fernando (2016). *El estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. Editorial Alfa.
- CORRALES, Javier y PENFOLD, Michael (2012). *Un dragón en el trópico*. La Hoja del Norte.
- CORRALES, Javier (2002). *Presidents without Parties: The Politics of Economic Reform in Argentina and Venezuela in the 1990s*. University Park: Pennsylvania State University Press
- CYR, Jennifer (2017). *The Fates of Political Parties: Institutional Crisis, Continuity, and Change in Latin America*. Cambridge University Press.
- DUNNING, Thad (2008). *Crude Democracy: Natural Resource Wealth and Political Regimes*. Cambridge University Press, New York.
- DE KRIVOY, Ruth (200). *Collapse: The Venezuelan banking crisis of 1994*. Group Of Thirty. Washington, D.C.
- ELLNER, Steve (2008). *Rethinking Venezuelan Politics*. Boulder London.
- GIL YEPES, José Antonio (1978). *El reto de las élites*. Tecnos.
- GRANIER, Marcel (1984). *La generación de relevo vs. el estado omnipotente*. Publicaciones Selevn.
- HAUSMANN, Ricardo, RODRIGUEZ, Francisco (2014). *Venezuela Before Chavez: Anatomy of an Economic Collapse*. The Pennsylvania State University Press University Park, Pennsylvania.
- HERNÁNDEZ, Carlos; RONDÓN, Luis (2005). *La democracia traicionada*. Rayuela- Taller de ediciones.
- KARL, Terry (1997). *The Paradox of Plenty: Oil Booms and Petro-States*. University of California Press.
- KRAUSE, Enrique (2008). *El poder y el delirio*. Tiempo de memoria. Argentina.
- LEVINE, Daniel (1973). *Conflict and Political Change in Venezuela*. Princeton University Press.
- LÓPEZ MAYA, Margarita (2005). *Del viernes negro al referendo revocatorio*. Alfa Grupo Editorial.
- LÓPEZ MAYA, Margarita (2005). *Protesta y Cultura en Venezuela*. Libronauta Argentina S.A.

- MARTZ, John D (1966). *Acción Democrática: Evolution of a Modern Political Party in Venezuela*. Universidad de Princeton.
- MOLEIRO, Moisés (1988). *Las máscaras de la democracia*. Ediciones Centauro.
- MORGAN, Jana (2011). *Bankrupt Representation and Party System Collapse*. Pennsylvania State University Press.
- NAIM, Moises (1993). *Paper tigers and Minotaurs*. A Carnegie Endowment Book.
- O'DONNELL, Guillermo A. (1982), *1966-1973, el estado burocrático autoritario: triunfos, derrotas y crisis*. Editorial de Belgrano.
- OROPEZA, Luis J. (1983) *Tutelary Pluralism: A Critical Approach to Venezuelan Democracy*. Cambridge, Mass. Center for International Affairs, Harvard University.
- RAMÍREZ, K. (1991). *Venezuela: la IVa República (o la total transformación del estado)*. Caracas: [s.n.].
- REY, Juan Carlos (2009). *El sistema de partidos políticos venezolano, 1830- 1999*. Fundación Centro Gumilla - Universidad Católica Andrés Bello.
- RANGEL, Domingo Alberto (1982). *Fin de la fiesta*. Vadell Hermanos Editores.
- RANGEL, Domingo (1979). *La pipa rota*. Vadell Hermanos Editores.
- RIVERO, Mirtha (2010). *La rebelión de los naufragos*. Editorial Alfa.
- SABINO, Carlos (1988). *Empleo y gasto público en Venezuela*. UCV.
- SARTORI, Giovanni (1994). *Comparative Constitutional Engineering. An Inquiry into Structures, Incentives and Outcomes*. Palgrave Macmillan UK.
- SEAWRIGHT, Jason (2012). *Party-System Collapse: The Roots of Crisis in Peru and Venezuela*. Stanford University Press.
- SILVA MICHELENA, José Agustín; BONILLA, Frank (1967). *Exploraciones en Análisis y en Síntesis*. CENDES- CENIS.
- SILVA MICHELENA, José Agustín; BONILLA, Frank (1970). *Crisis de la democracia*. CENDES- CENIS.
- TINKER SALAS, Miguel (2015). *Venezuela What Everyone Needs to Know*. Oxford University Press. 2015.
- URBANEJA, Diego Bautista (2013). *La renta y el reclamo*. Editorial Alfa, 2013.
- URBANEJA, Diego Bautista (1992). *Pueblo y Petróleo*. Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- URBANEJA, Diego Bautista (2009). *La política venezolana desde 1958 hasta nuestros días*. Fundación Centro Gumilla - Universidad Católica Andrés Bello.
- ZAGO, Angela (1992). *La rebelión de los ángeles*. Fuentes Editores.

Capítulos de libros

- ELLNER, Steven y TINKER SALAS, Miguel (2007). *Venezuela: Hugo Chávez and the Decline of an "exceptional Democracy"*. Rowman & Littlefield Pub.
- GOODMAN, Louis W- MENDELSON FORMAN, Johanna- NAIM, Moises (ed). (1995). *Lesson of the Venezuelan experience*. EEUU. Woodrow Wilson International Center for Scholars.
- HAUSMANN y RODRÍGUEZ (ed). (2013). *Venezuela Before Chávez. Anatomy of an Economic Collapse*. EEUU. Paperback Edition.
- KARL, Terry Lynn (1986). "Petroleum and Political Pacts: The Transition to Democracy in Venezuela". *Transitions from Authoritarian Rule*. Ed. Guillermo O'DONNELL, Phillippe C. SHMITTER, and Laurence WHITEHEAD. Baltimore: John Hopkins UP.

- KORNBLITH, Miriam. (1996). "Crisis y transformación del sistema político venezolano". En *El sistema político venezolano: Crisis y transformaciones*. ÁLVAREZ, A. (Ed). Caracas, Venezuela. IEP-UCV.
- LINZ - VALENZUELA (ed). (1994). *Las crisis del Presidencialismo*. EEUU. The John Hopkins University Press.
- MARTZ, John D.; David J. MYERS (1986). *Venezuela: The Democratic Experience*. Revised edición.
- MCCOY- SERBIN- SMITH (ed). (1995). *Venezuelan Democracy Under Stress*. EEUU. University of Miami North-South.
- MCCOY, Jennifer L.; MYERS, David J. (2006) *The Unraveling of Representative Democracy in Venezuela*. The Johns Hopkins University Press.
- NAIM, Moisés- PIÑANGO, Ramón (ed). (1988). *Venezuela, una ilusión de armonía*. Venezuela. Ediciones IESA.
- O'DONNELL, Guillermo y SCHMITTER, Philippe C. (1986) *Transitions from Authoritarian Rule Tentative Conclusions about Uncertain Democracies*. The Woodrow Wilson International Center for Scholars.
- PORTANTIERO, Juan Carlos y NUN, José (comps.) (1987). *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*. Puntosur, Buenos Aires.
- SAGARZAZU y CYR (2015). "Sistema de partidos venezolano: incongruencia, volatilidad y colapso desde una perspectiva multinivel". En *Territorio y poder. Nuevos actores y competencia política*. FREIDENBERG y SUÁREZ (Ed). España. Ediciones Universidad de Salamanca.
- TANAKA, Martin. (2006). "From Crisis to Collapse of the Party Systems and Dilemmas of Democratic Representation: Peru and Venezuela." en *The Crisis of Democratic Representation in the Andes*, ed. Scott Mainwaring, Ana Maria Bejarano, and Eduardo Pizarro Leongomez. Stanford, Calif.: Stanford University Press.
- TINKER SALAS y ELLNER (ed). (2006). *Hugo Chávez and the Decline of an Exceptional democracy*. Rowman & Littlefield Publishers.
- THOMAS, Hugh (1977). Introducción. Betancourt, Rómulo. *Venezuela, política y petróleo (p. 1- 7)*. Venezuela. Monte Avila editores.

Artículo, reseñas y ponencias

- CAVAROZZI, Marcelo (1991). "Más allá de las transiciones a la democracia en América Latina". Ponencia presentada al XVI Congreso de la Latin American Studies Association (LASA), Washington, Estados Unidos
- CÓRDOVA-CLAURE, Ted (1983). "La crisis de Venezuela: Del desastre al desafío". Nuso. N° 65.
- DIETZ, Henry A. - MYERS, David J. (2007) "From Thaw to Deluge: Party System Collapse in Venezuela and Perú". *Latin American Politics and Society*.
- HETLAND, Gabriel (2016). "From System Collapse to Chavista Hegemony: The Party Question in Bolivarian Venezuela". *Latin American Perspectives*.
- JENSEN, Nathan y WANTCHEKON, Leonard (2004). "Resource Wealth and Political Regimes in Africa." *Comparative Political Studies* 37: 816–41.
- KARL, Terry Lynn (1987). "Petroleum and Political Pacts: The Transition to Democracy in Venezuela" Author(s): *Latin American Research Review*, 1987, Vol. 22, No. 1, pp. 63-94. Published by: The Latin American Studies Association.
- KORNBLITH, Miriam (1994). "La crisis del sistema político venezolano". *Nueva Sociedad* N° 134.

- KORNBLITH, Miriam y LEVINE, Daniel H. (1993) "Venezuela: The life and times of the party system" Working Paper #197.
- LEVINE, Daniel H. (1988) "Paradigm Lost: Dependence to Democracy". Reviewed Work(s): *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy*. by Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter and Laurence Whitehead. Source: *World Politics*, Apr., Vol. 40, No. 3 (Apr., 1988), pp. 377-394 Published by: Cambridge University Press
- LEVINE, Daniel H. (1944) "Goodbye to Venezuelan Exceptionalism". *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*.
- LEVINE, Daniel H. (1974). "Venezuela después de 1958: Restauración y consolidación de la política democrática". Instituto de Desarrollo Económico y Social.
- LEVINE, Daniel H. - CRISP, Brian F. (1998). *Democratizing the Democracy? Crisis and Reform in Venezuela*. *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*- Cambridge University Press.
- LÓPEZ MAYA, Margarita (2002). "Venezuela after the Caracazo: Forms of Protest in a Deinstitutionalized context". *Bulletin of Latin American Research*, Vol. 21, No. 2, pp. 199-218, St. Antony's College, Oxford University.
- MACEWAN, Arthur (1988). Reviewed Work(s): *Transitions from Authoritarian Rule* by O'Donnell, Guillermo, Schmitter, Philippe C. and Whitehead, Laurence. *Latin American Perspectives*. Summer, Vol. 15, No. 3, Democratization and Class Struggle (Summer, 1988), pp. 115-130.
- MCCOY, Jennifer y Smith, William C. (1995). "Democratic Disequilibrium in Venezuela" *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*.
- MORGAN, Jana (2007). "Partisanship During the Collapse Venezuela's Party System". *Political Science*.
- NEUHOUSER, Kevin (1992). *Democratic Stability in Venezuela: Elite Consensus or Class Compromise?* *American Sociological Review*, Feb., Vol. 57, No. 1 (Feb., 1992), pp. 117-135.
- URBANEJA, Diego (2003). "Reseña histórica de la revista Politeia". *Revista Politeia*, n° 30. Instituto de Estudios Políticos, Universidad Central de Venezuela.
- SORIANO DE GARCÍA-PELAYO, Graciela (2013). "En los 40 años de Politeia". *Revista Politeia*, N° 50, vol. 36. Instituto de Estudios Políticos, UCV, 221-230.
- REY, Juan Carlos (1991). "La democracia venezolana y la crisis del sistema populista de conciliación". *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*.
- ROBERT, Kenneth M (2003). "Social Correlates of Party System Demise and Populist Resurgence in Venezuela". *Latin American Politics and Society*.
- ROSS, Michael L. (2001) "Does Oil Hinder Democracy?" *World Politics* 53 (3): 325-61.

Otras fuentes

Entrevistas personales

- CYR, Jennifer, comunicación personal, Buenos Aires, 18 de marzo de 2022
- FERNÁNDEZ, Eduardo, comunicación personal, Caracas, 7 de julio de 2015
- KORNBLITH, Miriam, comunicación personal, Washington D.C. 8 de noviembre de 2018.
- LEVY, Sary, comunicación personal, Caracas, 20 de junio de 2018
- LEVINE, Daniel, comunicación personal, 26 de enero de 2021.
- MCCOY, Jennifer, comunicación personal, 14 de diciembre de 2020
- URBANEJA, Diego Bautista, comunicación personal, Caracas, 25 de junio de 2018

